



**Homilía de Su Eminencia,
el Cardenal Frank Leo
Arzobispo Metropolitano de Toronto
Domingo de la Corresponsabilidad 21 de septiembre de 2025**

Queridos Hermanos y Hermanas:

¡Alabado sea Jesucristo!

En este 25.º Domingo del Tiempo Ordinario, en toda la Arquidiócesis de Toronto, nos detenemos a reflexionar sobre la mayordomía cristiana, también llamada corresponsabilidad. Más que la simple entrega de nuestro tiempo, talento y bienes, la mayordomía es profundamente espiritual, enraizada en la Sagrada Escritura, y de gran importancia en nuestra vida cotidiana. En este Año Jubilar, la mayordomía cobra un significado especial. El llamado a restablecer, restaurar y renovar nos recuerda que todo pertenece a Dios y que somos sus custodios y administradores. El Jubileo exige justicia y liberación; la mayordomía nos invita a la responsabilidad y a la reverencia. Unidos, estos llamados nos desafían a vivir con generosidad, equilibrio y al servicio de Dios y del prójimo.

La corresponsabilidad comienza con el reconocimiento de que toda la creación pertenece a Dios (cf. Dt 10,14; Sal 24,1), quien generosamente nos la concede. (cf. CIC, 299). El don amoroso del Padre nos invita a entrar en relación con Él, a responderle de una manera que le agrade, como lo demuestra su Hijo, quien «no vino para ser servido, sino a servir» (cf. Mt 20,28; Mc 10,45; cf. Jn 13,1-17).

Como fieles administradores de las bendiciones de Dios, estamos llamados a custodiar y celebrar sus dones con reverencia, gratitud, humildad y amor. Si no podemos ser fieles en el uso de las cosas pasajeras de este mundo para la gloria de Dios y el bien de los hermanos, ¿cómo se nos confiarán las riquezas eternas que nos esperan en el cielo? Las «verdaderas riquezas» (Lc 16,11) de las que habla el Evangelio son las riquezas espirituales: dones de valor eterno, incluida la vida eterna misma. No estoy sugiriendo que podamos comprar o ganar el cielo —la Iglesia ha condenado esa falsa visión—; sin embargo, nuestra fidelidad en lo terreno manifiesta nuestra disposición para lo eterno (cf. CIC 1996-1997, 2008, 2027, 1815).

La parábola de Jesús subraya el uso prudente de los bienes materiales al servicio de Dios y de los demás, orientando nuestra vida hacia Él (cf. Mt 6,19-21). La referencia a las «moradas eternas» (Lc 16,9) al final de la parábola nos recuerda que debemos centrar nuestra vida en lo que realmente importa. También es significativa la urgencia del administrador (Lc 16,6), que nos invita a no posponer para un mañana que quizá nunca llegue. Y si los hombres utilizan los bienes terrenos para asegurar un futuro pasajero, ¡con cuánta mayor razón hemos de emplear lo que Dios nos confía para alcanzar la vida eterna, que no tiene fin! (Lc 16,9). Estamos llamados a ofrecer a Dios las cosas de este mundo, que en realidad le pertenecen, para su gloria y para nuestra salvación, como siervos fieles y no como administradores injustos (Lc 16,12; cf. San Agustín, Serm. 359A,10).



Incluso los actos más pequeños de fidelidad tienen valor eterno. Vivir en la presencia de Dios, conscientes de sus dones y bendiciones, nos impulsa a obrar con propósito, con sentido y con esperanza. Maestros espirituales como Jean-Pierre de Caussade y el hermano Lorenzo hablan de esto como el “Sacramento del Momento Presente”, es decir, descubrir a Dios en lo ordinario de cada día. Todas nuestras acciones se vuelven sagradas cuando las realizamos con la conciencia de ser siervos de Dios, sus hijos amados, que nos ofrecemos con todo nuestro ser en unión con Jesucristo. Por grandes que sean los dones recibidos, nada se compara con el don supremo de la vida divina que se nos entrega en la Santísima Eucaristía. Ella no sólo nos recuerda la entrega total de Cristo —su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad ofrecidos por nuestra salvación y la del mundo entero—, sino que también nos invita a imitar su amor sacrificial (cf. Jn 13,34-35). La verdadera mayordomía reconoce los dones y bendiciones recibidos, y con gratitud los devuelve a Dios en un servicio lleno de amor. Así como Jesús se ofreció al Padre, también nosotros ofrecemos todo lo que somos y tenemos, respondiendo a su llamado a «tomar nuestra cruz» y seguirlo sin reservarnos nada (Mt 16,24-26; Mc 8,34-36).

En este Año Jubilar recordamos el profundo significado bíblico de este tiempo santo: una ocasión de renovación espiritual. El Antiguo Testamento nos enseña que todo lo que poseemos, nuestra misma existencia, pertenece en último término a Dios (cf. Lv 25,23). El Jubileo era un tiempo en que las tierras volvían a sus dueños, las deudas se perdonaban y los cautivos quedaban libres: un signo radical de confianza en la providencia de Dios. Era una invitación a vivir no con los puños cerrados, sino con el corazón y las manos abiertas, dispuestos a recibir y a dar. Nuestra mayordomía cristiana brota de esa misma confianza y entrega. No somos dueños, sino custodios de los dones de Dios (cf. CIC 952).

En un mundo marcado por la división, el consumismo y el miedo, la verdadera mayordomía se convierte en un acto de esperanza: un testimonio visible de que confiamos en algo más grande que nosotros mismos. Quien vive en la esperanza, vive de manera diferente (cf. Spe Salvi, 2); vive con una mirada eterna, sostenida por la fe y el amor. Estas virtudes —fe, esperanza y caridad— alcanzan su plenitud en la Eucaristía, anticipo sacramental de la vida divina que se consumará en el cielo (cf. CIC 1003; 1402-1405). Al recibir este don sagrado, se nos invita a responder con nuestra vida entera, ofreciéndonos a Dios y sirviendo a los hermanos. Nuestra entrega refleja el amor de Dios y hace presente la auténtica mayordomía.

Concluyo con una inspiradora enseñanza de San Juan de la Cruz (Dichos de Luz y Amor, 27), en la que expresa que todo nos pertenece porque todo pertenece a Dios y, en Cristo, todos pertenecemos a El:

«Míos son los cielos y mía es la tierra. Míos son las naciones, míos los justos y míos los pecadores. Míos son los ángeles, y la Madre de Dios, y mío es todo; y Dios mismo es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te contentes con menos, ni te distraigas con las migajas que caen de la mesa de tu Padre. ¡Sal y exulta en tu gloria! Escóndete en ella, alégrate, y recibirás las súplicas de tu corazón.»

Hermanos y hermanas, que el Señor los bendiga, a ustedes, a sus familias y comunidades, y los guarde siempre en su abundante gracia.